

XLVIII

DESPUÉS DE LA BATALLA DE MAGENTA

Napoleón III había permanecido al alcance de su guardia durante toda la batalla, activando la marcha de los refuerzos y dirigiéndolos conforme iban llegando á los puntos más amenazados. No supo hasta muy entrada la noche la toma de Magenta y la victoria definitiva de su ejército, y entonces estableció su cuartel general en San Martino, reducido grupo de casas que apenas merece el nombre de aldea. Se alojó en una miserable posada, donde después de hablar largamente con el mariscal Canrobert de los incidentes de la batalla, se tendió vestido en una mala cama para descansar un rato. Pero pronto se levantó. Los oficiales de su cuarto militar, que se habían echado al aire libre, unos sobre haces de heno y otros sobre sacos de maíz, le vieron á la luz de la única vela que ardía en su cuarto paseándose por él meditabundo, ó sentándose á una mesilla de pino para leer los partes que le iban llegando y enviar á la emperatriz regente el boletín de la victoria.

El vencedor de Magenta — así puede calificársele, puesto que él mandaba en jefe — triunfaba con modestia, como filósofo más bien que como guerrero. Hasta entónces no conocía de la guerra más que los relatos épicos; ahora veía de cerca sus horrores, y su alma sensible, compasiva, padecía por ello. Por una parte, tenía por justa y civilizadora la causa que le había hecho empuñar las armas; mas por otra, no podía menos de reconocer que él era en gran parte responsable de los torrentes de sangre derramada. Esta idea le perturbaba como amigo del pueblo, como soberano humanitario, y al otro día del triunfo conservaba su rostro la impresión de su melancolía habitual, aumentada por el recuerdo amargo de las perplejidades y de las angustias de la batalla. Sabía además que la guerra sólo estaba en sus comienzos y las hecatombes presentes le hacían pensar en las hecatombes próximas. Pensaba en todos aquellos cuya muerte le acababan de anunciar al mismo tiempo que la victoria; en el general Espinasse, su ayudante de campo, su confidente, su amigo, su ministro del Interior y de Seguridad general cuando el atentado Orsini; en el general Cler, de quien decía el mariscal Canrobert: «En Cler hay de todo, ingenio, audacia, actividad, cuerpo de hierro, alma infatigable, natural, ciencia y genio de la profesión;» en dos oficiales superiores, el coronel de Senneville, jefe del Estado mayor de Canrobert, y el teniente coronel de la Bonnière de Beaumont, subjefe de Es-

tado mayor de Mac-Mahón; en los coroneles Drouhot del 65 de línea, Charlier del 90, Chabrière del 2.º extranjero, los tres muertos gloriosamente al frente de sus tropas. Pensaba en tantos oficiales de porvenir, segados en la flor de la juventud. Y quizás pensaba todavía más, él, que amaba á los pobres y á los humildes, en los simples soldados que no teniendo en su mayoría ninguna probabilidad de ascenso, sacrifican heroicamente su vida, sin más recompensa que la satisfacción de haber cumplido con su deber. En ciertos momentos se le ocurría una duda cruel, y el pensador coronado se preguntaba á sí mismo si la guerra, considerada por José de Maistre como una cosa divina, no es en realidad una cosa infernal.

En San Martino las ambulancias estaban cerca del cuartel general del emperador, y una casa grande que había junto á la posada en que se alojaba servía de depósito de prisioneros. El 5 de junio, cuando empezó á amanecer, las tropas habían cesado de desfilar por el puente: no se veían más que parihuelas y carretas transportando los heridos.

Por la mañana Napoleón recibió la visita de Víctor Manuel, muy apesadumbrado porque su ejército hubiese llegado tarde. En seguida reconoció las orillas del Tessino para vigilar personalmente el establecimiento de puentes de barcas. El comandante en jefe de la guardia imperial tenía su cuartel general en la orilla izquierda del río. Tan luego como el emperador le vió, acudió presuroso á su encuentro, y estrechándole la mano con efusión, le dijo: «General, la guardia imperial y vos merecisteis ayer bien de la Francia.»

El 6 de junio Napoleón trasladó su cuartel general de San Martino á Magenta. A las siete de la mañana montó á caballo, y seguido de su Estado mayor recorrió todo el campo de batalla. Oigamos á un testigo ocular, el marqués de Massa, que se expresa así: «Era fácil ver en la cara de Napoleón III la impresión dolorosa que le causaba una victoria comprada tan caramente. Había tanta abnegación en aquellas almas escogidas, que he oído á algunos heridos, á los cuales demostraba su interés, procurando tranquilizarle diciéndole: «Esto no será nada. Ya curaremos para volver á la carga.»

»Hubo un momento en que los camilleros tuvieron que hacerse á un lado para dejar paso á un carro en el que había tendidos dos cadáveres. El emperador se acercó y al punto se descubrió con señales de profunda tristeza. Acababa de ver el cuerpo del general Espinasse junto con el de su edecán, el subteniente Froidefond. Al contemplar el rostro inanimado del valiente general al que se había propuesto nombrar más adelante mariscal de Francia, del servidor adicto que le había prestado tantos servicios en París el día del golpe de Estado, en Africa, en Crimea, en Italia en los campos de batalla, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: «¡Pobre Espinasse!»

Cuando llegaba al canal del Naviglio Grande, en cuyas orillas su guardia había hecho prodigios de valor, el monarca vió al general Mac-Mahón que acudía á su encuentro, y le recibió del modo más lisonjero. Le felicitó calurosamen-

te por la toma de Magenta, que había decidido del éxito final de la jornada, y le llevó á su lado durante todo el camino. Cuando ambos, andando juntos, entraron en la población que había sido la antevíspera teatro de tan sangrientos combates, Napoleón III dijo á Mac-Mahón: «Os nombro mariscal de Francia y duque de Magenta.» El nuevo mariscal, muy conmovido, se confundió en acciones de gracias.

El general Fleury y los demás ayudantes de campo del emperador sentían mucho que éste no hubiera hecho nada por el comandante en jefe de su guardia, el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely. Dejemos la palabra al general Fleury: «Cuando estuvimos instalados en Magenta, S. M., algo indispuerto y cansado, nos envió á decir que no comería con nosotros. Hacía un rato que estábamos sentados, y todos permanecíamos silenciosos, pensando cada cual lo que no se atrevía á decir en alta voz. Convencido en esta circunstancia, como en tantas otras, de que yo debía tomar la iniciativa y decir la verdad á mi soberano, me levanté de la mesa sin decir una palabra y subí al cuarto del emperador. — Perdoneme V. M. si vengo á perturbar su reposo, pero creo cumplir un deber sometiendo á vuestra consideración las reflexiones que me sugieren las dos distinciones que acaba de conceder al general Mac-Mahón. Señor, no es él quien ha ganado la batalla: el vencedor de Magenta habéis sido vos, puesto que vos mandabais. La guardia imperial, vuestra guardia, ha sido la que con su indomable energía ha decidido de la suerte del ejército.... No recompensar al jefe de la guardia equivaldría á hacer creer á Europa que la guardia imperial ni siquiera ha asistido á la batalla.

Cuando el general Fleury cesó de hablar, el emperador le contestó: «Tenéis razón: no había considerado el asunto bajo ese aspecto. Id á decir al general Regnaud de Saint-Jean d'Angely que le nombró mariscal de Francia. Al mismo tiempo anunciad al general Wimpffen que le asciendo á general de división.»

A los pocos momentos, el general Fleury decía á un caballerizo del emperador, yerno del nuevo mariscal: «Davillier, acompañadme á dar una buena noticia á vuestro suegro.» Y ambos partieron á galope.

Napoleón no había hecho aprecio de su propia victoria para atribuir á Mac-Mahón el mérito principal.

XLIX

LA ENTRADA EN MILÁN

Cuando la atmósfera está despejada se pueden ver desde Magenta los campanarios y las flechas de la catedral de Milán, del Duomo, masa de mármol blanco como la nieve de las montañas. Mientras duró la batalla del 4 de junio, toda la población milanese había oído con ansiedad el cañoneo. Sabía que en aquel momento se jugaba la suerte de Italia, por lo cual su emoción estaba llena de angustias. Al hacerse de noche aún no sabía el resultado, y la muchedumbre, llenando calles y plazas, aguardaba noticias con febril impaciencia. Ya muy tarde se presentó un hombre á caballo en la Porta Vercellina y dirigió á los grupos estas solas palabras: «Los austriacos han sido derrotados.» Quizás fuera una falsa noticia, á la que se vacilaba en dar crédito.

Pero al rayar la aurora del día siguiente ya no cupo duda. Los austriacos, acampados en la plaza del Castillo, levantaban sus tiendas y hacían sus preparativos de marcha, y durante el día se alejaron. Al punto ondearon banderas italianas y francesas en los balcones, y el vecindario entero preparó una acogida entusiasta á sus libertadores.

En la noche del 6 de junio el mariscal Mac-Mahón recibió la siguiente orden: «El segundo cuerpo tendrá el honor de entrar en Milán mañana á la cabeza del ejército francés. El emperador se pondrá en persona al frente de este cuerpo de ejército.» Para cumplir esta orden, las tropas del segundo cuerpo dejaron su campamento de San Pietro l'Olmo y emprendieron la marcha á Milán. Se pusieron en camino el 7 de junio muy temprano, y entre nueve y diez de la mañana estaban reunidas delante de Milán, con su cabeza de columna apoyada en el arco de triunfo erigido á la entrada de la capital del reino de Italia en honor de Napoleón I y á la gloria de sus ejércitos.

Oigamos al general Lebrún, jefe de Estado mayor del segundo cuerpo: «El monumento es grandioso; las esculturas que lo adornan son magníficas. Después del arco de triunfo de la Estrella en París, edificio que resplandece con todas las glorias del primer Imperio, no hay en el mundo un arco de triunfo más imponente que el de Milán.

»Al llegar al pie del monumento, el mariscal Mac-Mahón se apeó del caballo y se tendió en el suelo para descansar y aguardar al emperador. Con dificultad se podría formar una idea de las ovaciones que los pueblos le hicieron á su

paso desde San Pietro l'Olmo hasta Milán. Cuando los milaneses le vieron tendido y contemplando su glorioso arco de triunfo, sucedieron sin interrupción los vivas.»

Entretanto el mariscal mandó á su jefe de Estado mayor, el general Lebrún, que entrase en la ciudad para escoger los sitios en que sus tropas debían vivaquear aquella noche. Cuando el general pasaba por la mayor calle de la ciudad, una compacta muchedumbre que aguardaba con impaciencia al emperador le tomó por Napoleón III, y desde los balcones se le echó una lluvia de flores. «He visto mujeres del pueblo, dice, y también distinguidas señoras que estaban en la calle; corrían hacia mí, y exponiéndose á que mi caballo las atropellara, me cogían las manos para estrechármelas, llegando algunas hasta besarme las botas.»

A eso de las once de la mañana, el emperador envió á decir al mariscal Mac-Mahón que, no habiendo llegado aún Víctor Manuel, no quería entrar hasta el día siguiente para llevar al rey á su lado.

8 de junio. — La guardia imperial, que acampaba en Cava Piobetta, á cuatro kilómetros de Milán, recibe orden de marchar á la capital lombarda y aguardar al emperador delante de la puerta exterior llamada *porta Vercellina*.

Creíase que los dos monarcas no llegarían hasta las once; pero llegaron tres horas antes.

«La guardia imperial, á las órdenes del mariscal Regnaud de Saint-Jean d'Angely, dice el marqués de Massa, está formada en masa en la gran plaza de armas. Desde todos los balcones se asestan anteojos á los granaderos, cuyos altos gorros de pelo, largos capotes, y blancos correaes cruzados sobre el pecho recuerdan á sus predecesores del primer Imperio, cuyas tradiciones acaban de hacer revivir. Los nuevos guardias se han portado en Magenta como los antiguos en Friedland. Ante ellos se destaca la figura de su general de división Mellinet, á quien le mataron dos caballos en lo más recio de la pelea. Un cálido rayo de sol, que ilumina su rostro varonil, pone de relieve su pómulo saliente bajo el cual una cavidad profunda marca la huella de la bala que le atravesó la mejilla en el sitio de Sebastopol. A su izquierda se apoya la división de cazadores del general Camón, y enfrente de esta infantería se despliega nuestra brigada, guías, y cazadores.»

Acércase la comitiva. A la cabeza, el destacamento de los cien guardias; después Napoleón III llevando á la izquierda á Víctor Manuel; detrás de ellos y á alguna distancia sus estados mayores; cerrando la marcha una escolta mixta, compuesta de un escuadrón de guías y otro de caballería ligera de Novara; delante de estos últimos el duque de Chartres, ayudante del general Lamármora.

La comitiva llega enfrente del arco de triunfo de Milán, que ordinariamente está rodeado de grandes cadenas de hierro, unidas entre sí por altos mojones de piedra. Jamás había pasado nadie por debajo del arco, pues el ayuntamiento lo tenía prohibido desde la erección del monumento; pero aquella vez las auto-

ridades hicieron una excepción de la regla y se quitaron las cadenas de hierro para que el emperador y el rey pasaran por debajo del arco.

Los dos soberanos atraviesan la ciudad en medio del entusiasmo universal. Napoleón se encamina á la quinta Bonaparte que debe servirle de morada, y desde allí publica la proclama siguiente:

«¡Italianos! La suerte de la guerra me trae hoy á la capital de Lombardía. Voy á deciros por qué me encuentro en ella.

»Cuando Austria atacó injustamente al Piamonte, resolví apoyar á mi aliado el rey de Cerdeña; el honor y los intereses de Francia me imponían este deber. Vuestros enemigos, que son los míos, han intentado disminuir la simpatía universal que había en Europa por vuestra causa, dando á entender que yo no hacía la guerra sino por ambición personal.

»Si hay hombres que no comprenden la época en que viven, yo no soy de ese número. Dado el estado de ilustración de la opinión pública, hoy se es más grande por la influencia moral que se ejerce que por conquistas estériles, y esa influencia moral es la que busco con orgullo contribuyendo á devolver su libertad á uno de los países más hermosos de Europa. Vuestra acogida me ha probado ya que me habéis comprendido.

»No vengo aquí con la idea preconcebida de derribar soberanos ni de imponeros mi voluntad; mi ejército no se ocupará más que de dos cosas: de combatir á vuestros enemigos y de mantener el orden interior; no opondrá ningún obstáculo á la libre manifestación de vuestras legítimas aspiraciones.

»A veces la Providencia favorece á los pueblos lo mismo que á los individuos, dándoles ocasión de engrandecerse de pronto; pero con la condición de que sepan aprovecharse de este engrandecimiento. Aprovechaos, pues, de la fortuna que se os presenta. Vuestro deseo de independencia, tanto tiempo frustrado, se realizará si os mostráis dignos de ella.

»Uníos, pues, con un solo objeto: la emancipación de vuestro país. Organizaos militarmente. Alistaos bajo las banderas del rey Víctor Manuel, que tan noblemente os ha enseñado el camino del honor. Recordad que sin disciplina no hay ejército, y animados por el fuego sagrado de la patria, no seáis más que soldados para ser mañana ciudadanos libres de un gran país.

»Cuartel general imperial de Milán, 8 de junio de 1859.

»NAPOLEÓN»

En medio de su triunfo el emperador tenía ciertas inquietudes. Acababa de saber que en Melegnano, á quince kilómetros de Milán, los austriacos se fortificaban y que quizás se propusieran tomar de nuevo la ofensiva contra Milán. En consecuencia dió á los cuerpos 1.º y 2.º orden de que se dirigieran á toda prisa á Melegnano. Apenas llegado á la quinta Bonaparte, montó á caballo y partió para cerciorarse de que el mariscal Mac-Mahón y sus tropas se habían puesto en marcha. Llegó sin ser conocido á los baluartes exteriores, porque los

transeuntes no podían sospechar que aquel jinete sin escolta era el emperador; pero á su regreso, la muchedumbre supo que era él y le tributó una ovación indescriptible.

Aquel mismo día el emperador dirigió á sus soldados la proclama siguiente: «Soldados: Hace un mes, confiando en los esfuerzos de la diplomacia, esperaba aún la paz, cuando de pronto la invasión del Piamonte por las tropas austriacas nos obligó á tomar las armas. No estábamos preparados; faltaban hombres, caballos, material, abastecimientos, y para socorrer á nuestros aliados debíamos desembocar á toda prisa y por pequeñas fracciones al otro lado de los Alpes, ante un enemigo formidable preparado de larga fecha. El peligro era grande; la energía de la nación y vuestro valor han suplido á todo. Francia ha vuelto á hacer gala de sus antiguas virtudes, y unida con un mismo objeto y con un solo sentimiento, ha demostrado el poder de sus recursos y la fuerza de su patriotismo. Solamente diez días hace que han empezado las operaciones y el territorio piamontés está ya libre de invasores. El ejército aliado ha dado cuatro combates afortunados y alcanzado una victoria decisiva que le ha abierto las puertas de la capital de Lombardía. Habéis puesto fuera de combate treinta y cinco mil hombres, cogido diez y siete cañones, dos banderas y ocho mil prisioneros, pero no ha terminado todo; aún nos quedan luchas que sostener, obstáculos que vencer. ¡Cuento con vosotros, bravos soldados del ejército de Italia! ¡Desde lo alto del cielo vuestros padres os contemplan con orgullo!»

En el mismo momento en que se publicaba esta alocución, las tropas del mariscal Baraguey d'Hilliers unidas á las del mariscal Mac-Mahón luchaban en Melegnano.

L

MELEGNANO

El mariscal Baraguey d'Hilliers sentía en extremo que el primer cuerpo de ejército del que era jefe no hubiera tenido el honor de tomar parte en la batalla de Magenta; pero se indemnizó trabando el 8 de junio el combate de Melegnano.

Melegnano (Marignán) es un pueblo de tres mil habitantes situado á quince kilómetros al SE. de Milán. Allí alcanzó Francisco I una victoria memorable sobre los suizos, conocida con el nombre de batalla de Gigantes.

Cuando Napoleón III supo que los austriacos se retiraban hacia Lodi, pero que ocupaban aún á Melegnano, tomó la resolución de desalojarlos de allí, y encargó esta operación á los cuerpos primero y segundo, debiendo dirigirla el mariscal Baraguey d'Hilliers teniendo á sus órdenes al mariscal Mac-Mahón.

El primer cuerpo, que estaba acampado en San Pietro l'Olmo, se puso en marcha el 8 de junio muy temprano para Melegnano, situado á veintiocho kilómetros de aquella localidad.

La primera división iba mandada por el general Forey, la segunda por el general Ladmirault y la tercera por el general Bazaine: la una emprendió la marcha á las cuatro de la mañana, la otra á las cinco y la última á las seis.

Las tres se encaminaron primeramente hacia Milán, ciudad que atravesaron á toda prisa en medio de una multitud entusiasta que les arrojaba flores y coronas. Salieron de la ciudad por la *porta Romana* y se dirigieron á Melegnano. Cada cual tomó diferente camino para llegar aquí. La tercera división, la de Bazaine, avanzó por el camino real, calzada de veinte metros de anchura, la cual tiene á uno y otro lado zanjas llenas de agua de ocho á diez metros de ancho y sobre las cuales hay de trecho en trecho puentecillos con sus pretilos para pasar al campo.

A derecha é izquierda el terreno está cortado por gran número de zanjas y canales de riego, cubriendo su superficie praderas, campos de trigo, setos espesos y gran cantidad de árboles.

La división Bazaine, á la cual estaba reservado el honor de ser la primera en atacar las posiciones de Melegnano, se adelantó mucho á las otras dos que se tenían que detener á menudo por causa de las zanjas ó retrasarse por los rodeos de los caminos laterales. Llegó á San Giuliano á las cinco de la tarde, y